

Pues bueno. Esta ha sido mi última clase. Hoy es el primer día del resto de mi vida.

Yo vengo de la prehistoria. De una época impensable para los jóvenes de hoy en día, donde no solo no había computadoras, Internet o teléfonos celulares, sino que ni siquiera disponíamos de fotocopadoras o calculadoras: efectuábamos las operaciones con las famosas reglas de cálculo, cuyo manejo rudimentario necesitaba varias horas de aprendizaje y su dominio varias semanas!

Yo vengo de una época casi increíble. Vengo, sin discusión posible, de la prehistoria y me dirijo inevitablemente hacia la nada. Me gustaría poder escribir "hacia la Eternidad", o "hacia el Absoluto". Simone de Beauvoir escribió, en efecto, que en los últimos instantes de un moribundo, se puede encontrar al Absoluto. Pero debo confesaros que no sé exactamente qué es eso del Absoluto y que no cultivo ninguna esperanza en el más allá; me gustaría, me contentaría con, sencillamente, saberme y sentirme en paz con todo el mundo en esta vida terrenal.

A medida que me acerco a la estación terminal de mi vida, contemplo con creciente tristeza, desde la plataforma de detrás del último vagón, como las rutilantes vías huyen hacia un pasado irrecuperable, como se desvanecen a lo lejos felices praderas de niños sonrientes, difusas colinas de adolescentes inseguros, de atardeceres de amigos y parientes prematuramente desaparecidos, de viejos cerezos que no verán una nueva primavera, sonrisas perdidas en la neblina que solo yo puedo evocar. Se trata de mi biografía, única, irreplicable, que se escapa con las vías anunciándome, casi imperceptiblemente, la inminencia del final del viaje.

De hecho, nos las ingeniamos para dejar nuestra marca sobre el mundo, queremos convencernos de que cuanto hacemos tiene un sentido, véase incluso una cierta importancia; pero la verdad es que no hacemos más que pasar en el tren de la vida. Casi nada nuestro subsiste. Excepto los recuerdos de quienes nos han conocido (ustedes, por ejemplo). Y cuando estas personas desaparecen a su vez, entonces se puede decir que hemos verdaderamente, verdaderamente desaparecido en el último túnel, el túnel del olvido. Quizás mi blog, que dejo abierto, constituirá mi último rastro, mi último lazo con el mundo de los vivos, yo que he, efectivamente, tenido un hijo, plantado un (varios) árbol(es) pero no he escrito ningún libro.

He amado mi trabajo y la concepción que me he forjado de él, a pesar de que mis "queridos colegas" me lo han echado a la cara (ya habréis captado que se trata de un eufemismo...). En efecto; ¿debemos los profesores universitarios limitarnos a transmitir y controlar conocimientos y habilidades de nuestros estudiantes o más bien intentar cincelar personas autónomas que posean, cierto, conocimientos y habilidades, pero que, sobre todo, sepan manejar el espíritu crítico y prepararlos así a llegar a ser ciudadanos ilustrados y responsables, actores del mundo futuro que toman su destino en mano?

He disfrutado mucho investigando, enseñando, transmitiendo. He recorrido el camino de la Ciencia como lo hacen los perros que salen a pasear con sus amos, a saber: de un lado para otro sin parar; y, al final, me noto cansado. Pero me siento sin embargo privilegiado de haber estado casi todo el tiempo rodeado de jóvenes veinteañeros (y de algunos "ligeramente" más...) que me han continuamente estimulado con sus preguntas, su entusiasmo y sus esperanzas, algunos de los cuales se han transformado en muy buenos amigos y seguimos en contacto todavía, al igual que con cantidad de colegas, descubiertos en las cuatro esquinas del globo (por más que un globo, por definición, no tenga esquinas...). A todos ellos les debo buena parte de lo mejor que pueda existir hoy en mí.

Sé también que he tenido la suerte de no haber estado nunca interesado ni por el dinero ni por, aún menos, el poder, estos dos verdaderos venenos de la Humanidad, que corrompen a todos los que los persiguen. Así es que, en el crepúsculo de mi vida, no poseo más que un pequeño piso, un coche (que algunos me envidian porque es, en efecto, bastante bonito pero que constituye el único placer superfluo -de hecho, un sueño de infancia- que me he permitido en toda mi vida), y un puñado de euros en mi cuenta de ahorro (que con el retiro, que tomo antes de que me toco -ya sabéis todos por qué tristes motivos- es seguro que no se me va mejorar el asunto).

Pero, sin embargo, me siento rico. Rico de mil otras cosas fuera del dinero o de los bienes materiales. Por ejemplo, de haber vivido en un maravilloso país, que posee una calidad de vida que solo los escandinavos no nos envidian (a pesar de que, desde hace ya bastantes años, nuestros dirigentes se empeñan en destruir, sistemática y metódicamente, los logros sociales que nuestros padres y abuelos habían arrancado para nosotros a costa de luchas difíciles, duras y heroicas).

Al respecto, quisiera también expresar mi pesar por no haberos dejado un mundo mejor que éste en el cual los fantasmagóricos "mercados" (a los que hay que "tranquilizar" constantemente) y las inevitables agencias de notación, son quienes gobiernan de hecho (a pesar de que nadie recuerde haberles votado en las últimas elecciones...). No será, créanme, por no haberlo intentado. Me he comprometido siempre: desde la época de la dictadura franquista que reinaba en mi país cuando tenía vuestra edad hasta el movimiento de los indignados hace tan solo unos meses, tanto en la madrileña Puerta del Sol como en la plaza de la Bastilla parisina (donde la policía nos desalojó a base de gases lacrimógenos) pasando por las fraternales y gloriosas horas de la lucha contra el famoso y escandaloso proyecto de Contrato del Primer Empleo (CPE) o las manifestaciones contra los recortes de las pensiones de jubilación.

Yo siempre preferí vivir mis sueños más que soñar mi vida. No escogí mi bando: nací en él. Es en la mirada de la gente de derechas que uno se da cuenta de que es de izquierdas, como dice el humorista Guy Bedos. Y no os dejéis engañar por mi traje: no es sino mi "azul de trabajo", mi "disfraz de escena". Y, los sesenta cumplidos, nunca giré mi chaleco, nunca renegué ninguno de mis ideales de juventud, incluso los más utópicos, pues siempre he guardado muy presente en mi memoria la frase del gran filósofo Miguel de Unamuno: *"Solo aquellos que persiguen utopías consiguen imposibles"*.

Quisiera que mi "adiós" fuese como el crepúsculo en el círculo polar durante el verano; es decir, hermoso, luminoso y...largo. Pero soy consciente de que ello no depende de mí. La muerte de tantos compañeros nos recuerda que la noche, desentendiéndose de nuestros deseos, puede llegar súbitamente y puede sorprendernos, como en los trópicos, sin dejarnos tiempo de despedirnos de nuestros seres amados. Es por ello que agradezco a las Parcas que me hayan permitido deciros, con tanta sinceridad como emoción, estas breves palabras.

Pero no vamos a separarnos con una nota exageradamente triste. No anticipemos demasiado lo que no es, probablemente, todavía inminente. De hecho, el presente me sigue apasionando y el futuro me entusiasma aún. La pasión por el presente no significa que lo considere satisfactorio, ni mucho menos. Mi entusiasmo por el futuro no descansa sobre certezas de un porvenir rosa sino sobre la firme convicción de que depende de cada uno de nosotros; que está todavía por construir; que, a pesar de todo, la suerte no está aún echada; que está en nuestras

manos (sobre todo en las vuestras; no dejéis que nadie os convenza de que ya está escrito).

Y cuando contemplo este futuro, descubro de nuevo en mí una gran energía, toneladas de energía, para todo cuanto me queda aún por descubrir, por disfrutar, por, en una palabra, vivir. Y con el alargó considerable de la esperanza de vida y los progresos en la mejora del estado de salud de las personas mayores, la famosa "tercera edad" (como suele púdicamente decirse; ¿se han fijado como es curioso? Todos queremos vivir muchos años pero nadie quiere ser viejo. Y, sin embargo, les aseguro que la vejez es el mejor remedio que se ha inventado para no morirse joven...) la tercera edad, pues, ya no es el momento de la gran liquidación antes de la cesación definitiva del negocio. Es incluso todo lo contrario. Es el periodo en que, los chavales criados, el cobijo resuelto y el tributo a la sociedad (es decir, el trabajo) pagado, uno va a poder por fin vivir a su manera, como le apetezca mejor, para sí mismo, rodeado de los seres queridos. Y si la vida, la vida de verdad, empezase después del trabajo? Al retiro, en nuestra lengua, le llamamos también: *jubilación*. Y les aseguro que el mío será jubilatorio, puesto que es posible (y yo pelearé por ello) lograr que el retiro no sea una simple retirada sino, al contrario, un rito iniciativo, inaugural, el comienzo de algo nuevo que puede resultar maravilloso.

Si, bien mirado, ¡la vida empieza a los sesenta!

Hoy es pues, en efecto, el primer día del resto de mi vida.